

Una flecha en la diana. La evaluación como aprendizaje

Miguel Ángel Santos Guerra

Catedrático de Didáctica y Organización Escolar

Universidad de Málaga



Se habrá preguntado el lector por el título del artículo que tiene en sus manos, aunque el subtítulo le ha puesto en la pista de la contestación. La evaluación puede concebirse y utilizarse como un fenómeno destinado al aprendizaje y no sólo a la comprobación de la adquisición del mismo. Como un instrumento de mejora y no sólo como un ejercicio de medición del logro. Como un camino que conduce a la transformación de la práctica y no sólo como un movimiento que se cierra sobre sí mismo. La evaluación no es el momento final de un proceso y, aún cuando así fuera, debería convertirse en el comienzo de un nuevo proceso más rico y fundamentado.

La pregunta "para qué" es fundamental a la hora de enjuiciar y de realizar evaluaciones. ¿Cuál es su finalidad?, ¿qué pretende?, ¿qué consigue? Responder a estas cuestiones resulta más importante que poner en marcha evaluaciones que pueden resultar no sólo estériles sino contraproducentes. Las pregun-

tas esenciales de la evaluación son estas: ¿qué beneficios persigue?, a qué personas ayuda?, ¿a qué valores sirve? (Santos Guerra, 1998a). No tiene mucho sentido evaluar por evaluar. Tiene menos lógica y ninguna ética evaluar para jerarquizar, atemorizar, perseguir y castigar.

Las evaluaciones que se cierran sobre sí mismas, que no tienen más finalidad que decir que se han hecho no tienen razón de ser. Aquellas que tienen fines pedagógicamente pobres tienen poco significado para

aprender y mejorar. Y son reprochables aquellas evaluaciones de las que se derivan comparaciones injustas, clasificaciones insensatas, descalificaciones agraviantes o exclusiones perversas. Son admirables los usos didácticos, éticos y políticos de la evaluación. Son inadmisibles los abusos (Santos Guerra, 1995).

Una de las finalidades que ha de perseguir la evaluación es el aprendizaje. El aprendizaje de los patrocinadores, de los evaluadores,

"Las actitudes que hacen posible el aprendizaje tienen que ver con la apertura, con la humildad y con la responsabilidad"

de los evaluados y de los testigos de la evaluación.. Aprendizajes que se pueden derivar del proceso y también del contenido o resultado de la evaluación. Para que el aprendizaje se produzca hacen falta unas condiciones en la dinámica de la evaluación y unas actitudes en los protagonistas. Las condiciones se refieren a la transparencia, al rigor, a la difusión. Las actitudes que hacen posible el aprendizaje tienen que ver con la apertura, con la humildad y con la responsabilidad. Quien no quiere aprender no aprenderá.

Obsérvese que la evaluación tiene dos componentes esenciales. En uno de ellos se ha hecho tradicionalmente mucho hincapié. Me refiero a la comprobación. La evaluación permite saber (con mayor o menor rigor) si se han alcanzado los fines que se perseguían. Pero tiene otro componente en el que no se ha reparado. O, si se ha hecho, ha sido de forma interesada y arbitraria. Me refiero a la explicación o atribución. En efecto, la evaluación no sólo dice si se han alcanzado los fines sino por qué no (o sí) se han conseguido. En el caso de la evaluación de los alumnos se ve con claridad que cuando éstos no han conseguido realizar los aprendizajes exigidos (componente de comprobación) es por algún defecto suyo (componente de explicación). Es decir o son torpes o son vagos o no estaban suficientemente preparados (Santos Guerra, 1998b). Desde esta suposición, el aprendizaje de los docentes resulta imposible. Si el fracaso se explica de forma tan poco rigurosa y exigente, es imposible poner en cuestión las prácticas profesionales.

Explicaré a continuación el por qué del título que encabeza estas líneas. Me gusta realizar con mis alumnos y alumnas un ejercicio que refleja nitidamente el trasfondo de estas páginas. Contaré esquemáticamente cómo se desarrolla la acti-

vidad. De ella deducirá el lector, sin necesidad de muchas explicaciones, lo que quiero decir cuando hablo de la evaluación como aprendizaje.

Pido, en la clase, que un voluntario se acerque al encerado. Una vez allí le vendo los ojos con un pañuelo. Dibujo en el encerado una gran diana, con su blanco en el centro y cuatro o cinco anillos alrededor. Seguidamente coloco al interesado frente a la diana y le pido que lance hacia el centro un trozo de tiza que previamente le ha dado. Cuando hace impacto el proyectil hago una "evaluación" sobre una escala de cinco grados (muy mal - mal- regular-bien-muy bien) y comunico al interesado el resultado sin explicarle las características de

"La evaluación no sólo dice si se han alcanzado los fines sino por qué no (o si) se han conseguido"

su desviación. Seguidamente le invito a repetir el lanzamiento y le vuelvo a comunicar el resultado de la evaluación. Después de hacerlo tres o cuatro veces, hago una pregunta cuya respuesta es obvia y contundente por parte de los integrantes del grupo:

- ¿Aprenderá de este modo a hacerlo bien?, ¿mejorará de esta manera el resultado de su lanzamiento?

La respuesta es tajante: No.

Obsérvese que el lanzador no puede hacer su autoevaluación, ya que ni sabe dónde está ni sabe a dónde tiene que disparar ni conoce el resultado de su esfuerzo.

El ejercicio puede tener muchas variantes. Por ejemplo le doy varias vueltas sobre sí mismo al que va a realizar el lanzamiento, de manera que acabe casi mareado. Ejemplifico así el caso de los evaluadores que disfrutan haciendo difícil la tarea a los evaluados. Otra variante es hacer la evaluación del lanzamiento, anotarla en el cuaderno de calificaciones, pero no informar al lanzador del resultado. Pedirle que lo siga intentando sin comunicarle nunca el resultado.

Esta forma de hacer la evaluación permitiría clasificar a varios lanzadores (1º, 2º, 3º...) sin que ellos supieran exactamente por qué ocupaban un determinado lugar. De la misma forma podría hacerse una selección de los mejores o una

eliminación de los peores. En ninguno de estos casos permite el proceso aprender nada nuevo a los evaluados.

Puede también hacer el evaluador algún comentario después de realizar el primer lanzamiento (o, incluso antes, como sucede en las profecías de autocumplimiento). Por ejemplo:

- Nunca he visto lanzar tal mal a una diana, nunca he observado tan escaso interés y tan poco acierto.

O, lo que es peor:

- Tú no sirves para esta tarea, jamás la harás con perfección.

Seguidamente le pido al inte-

resado que se quite el pañuelo que le impide ver. Le sitúo frente a la diana y le pido que lance. Él mismo ve dónde ha impactado la tiza. Le señalo el punto y, tras pedirle tranquilidad y aconsejarle que varíe la posición si lo considera necesario, le invito a repetir. De forma casi inexorable va haciendo mejor la tarea y consiguiendo un resultado más positivo.

Un ejercicio tan cargado de obiedad permite reflexionar sobre algunos problemas que tiene la evaluación educativa: cargar de dificultad la tarea, no devolver la información, no explicar el proceso, no hacer autoevaluación, tener en cuenta sólo el resultado...

En alguna ocasión me he permitido, después de realizar el ejercicio que acabo de narrar, hacer una broma no exenta de significado.

- Ahora voy a realizar yo el ejercicio para que aprendáis cómo se dispara al blanco de una diana. Prestad atención.

He borrado la diana, he lanzado yo mismo una tiza y en el punto exacto del impacto, he colocado el punto central de la diana.

- Así no se falla nunca.

He querido contar esta experiencia para hacer hincapié en la evaluación como un medio de aprendizaje. No sólo para los evaluados. También para los evaluadores. La evaluación puede servir para muchas finalidades simultáneas:

A	B
Medir	Aprender
Calificar	Dialogar
Comparar	Diagnosticar
Clasificar	Diagnosticar
Seleccionar	Comprender
Jerarquizar	Comprobar
Atemorizar	Explicar
Sancionar	Mejorar
Acreditar	Reorientar
Juzgar	Motivar
Exigir	Rectificar
Promocionar	Contrastar
Acreditar	Reflexionar

Si se pregunta a cualquier persona qué finalidades son las más importantes, las más ricas, las más deseables, muchas dirán que son las de la columna B. Sin embargo, si se pregunta cuáles son las finalidades más presentes en el sistema educativo, probablemente dirán que las de la columna A. ¿Por qué esta significativa discrepancia? Creo que es importante potenciar las más positivas y reducir el peso que tienen las negativas o las intrascendentes.

Es difícil desembarazarse completamente de algunas funciones de la evaluación arraigadas en el sistema. ¿Es posible, por ejemplo, prescindir de las calificaciones, de las comparaciones, de las clasificaciones? Probablemente, no. Es necesario saber a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de evaluación. Y saber qué es lo que pretendemos cuando la ponemos en práctica.

Me estoy refiriendo a la evaluación que se hace de los alumnos (de forma casi inexorable) y a la que se hace de los profesionales, de las instituciones y de los programas. Me preocupa sobre todo, entender la evaluación como un camino para el aprendizaje. Un camino que, al ser recorrido de forma inteligente y responsable, nos ayuda a entender lo que sucede y por qué, nos facilita la rectificación del rumbo, el reconocimiento de los errores y la mejora de la práctica. La evaluación nos permite también conocer si estamos perjudicando o favoreciendo con ellos a unas determinadas personas y a unos determinados valores. No se debe (en realidad, no se puede) despojar a la evaluación de sus dimensiones éticas, políticas y sociales.

En las escuelas se evalúa mucho y se cambia poco. Luego, algo falla. Porque si la evaluación sirviese para aprender, evitaría la repetición de los errores y favorecería la mejora de la práctica. Si sólo sirve para medir, clasificar, seleccionar... repetiremos de forma inexorable los fallos.

Espero que estas aportaciones sirvan para reflexionar críticamente sobre un proceso que lo impregna y condiciona todo. Espero que tengan como resultado la mejora de las prácticas profesionales que realizamos en la educación. Si hablamos de evaluación educativa debería ser no sólo porque estamos evaluando fenómenos educativos sino porque educa cuando se hace, tanto a los evaluadores como a los evaluados.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALVAREZ MÉNDEZ, J.M. (2001): *Evaluar para conocer, examinar para excluir*. Ed. Morata. Madrid.
- SANTOS GUERRA, M.A. (1995): *Los abusos de la evaluación*. En SANTOS GUERRA, M. A.: *La evaluación, un proceso de diálogo, comprensión y mejora*. Ed. Aljibe. Archidona.
- SANTOS GUERRA, M.A. (1998) *Evaluaciones sin ton ni son. Necesidad de la metaevaluación educativa*. Actas del V Congreso Interuniversitario de Organización de Instituciones Educativas. Madrid.
- SANTOS GUERRA, M.A. (1998): *La evaluación de los alumnos, un proceso de aprendizaje para el profesorado*. En SANTOS GUERRA: *Evaluar es comprender*. Ed. Magisterio del Río de la Plata. Buenos Aires.
- TRILLO ALONSO, F. (Coord) (2002): *Evaluación*. Ed. Praxis. Barcelona.

STOY convencido de que este título puede despertar en muchos profesiona-

les de la enseñanza una sonrisa irónica, e incluso un gesto de sarcasmo. Hay quienes viven la docencia como una maldición. Quizá no les falten motivos para ello. No querían ser docentes, no tuvieron una formación adecuada, no encuentran un clima propio en las escuelas, se producen turbulencias reformistas, se les hacen encargos contradictorios (formar en el espíritu militar y educar para la paz, por ejemplo), algunos alumnos y alumnas se muestran displicentes o indisciplinados, los centros no son acogedores, los políticos no son sensibles a sus exigencias, les piden que hagan gratuitamente la tutoría de las prácticas universitarias en el mismo momento que les retiran la matrícula gratuita... Sin embargo, ser crítico no es ser derrotista. Ser crítico en el análisis de los problemas no es ser masoquista. Lo decía Honkheimer, filósofo de la escuela de Frankfurt: «Podemos ser pesimistas teóricos, pero hemos de ser optimistas prácticos». Se habla mucho del sufrimiento del profesor, de sus angustias, de sus problemas, del menosprecio de que es objeto. Pero la moneda tiene otra cara. ¿Por qué no apostar por ella? En efecto, también es posible la alegría.

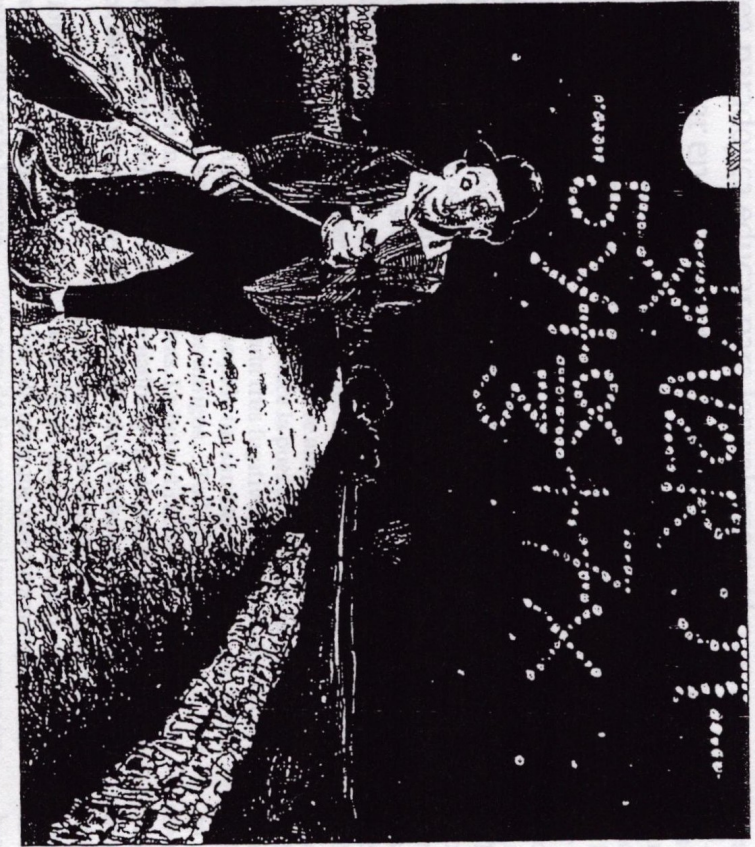
Un profesor amargado no sólo es un desastre para sí mismo. Lo es, sobre todo, para los alumnos y las alumnas con quienes trabaja. Un profesor mal preparado, quemado y sin ilusiones es como un lanzador de cuchillos con la enfermedad de Parkinson. Entiendo estas reflexiones como un balasano, no como un placebo. Las presiento a la consideración del lector y de la lectora con el ánimo de profundizar en una dimensión tan importante como frecuentemente olvidada: la alegría que genera la tarea de enseñar.

Ha caído en mis manos un libro de Rubem Alves que tiene este hermoso título: «La alegría de enseñar». Alves es un filósofo nacido en Minas Gerais (Brasil). Y, por lo que se deduce de su obra, un apasionado de la enseñanza. En la portada del libro se puede leer: «Enseñar es un ejercicio de inmortalidad. De alguna forma seguimos viviendo en aquellos cuyos ojos aprendieron a ver el mundo a través de la magia de nuestra palabra. Así, el profesor no muere nunca...».

Es necesario, en tiempos de adversidad, buscar motivos que alimenten el entusiasmo. Jean Dean dice que uno de los elementos de estímulo profesional para los docentes es la positiva repercusión que tiene la docencia en los alumnos y que éstos expresan, a veces, de forma precisa y emocionada. Pocas profesiones ofrecen un tipo de compensaciones tan hermosas, tan profundas y tan ricas. No en vano el profesor trabaja con las ideas, con los sentimientos, con las palabras, con los valores, con las expectativas,

Miguel Angel Santos Guerra

La alegría de enseñar



alumno de forma lapidaria, explicando el comportamiento y la actitud de su profesor.

—Es que a ése le importamos. El alumno se dirige al profesor para pedirle: Ayúdame a ser feliz. La tragedia de las escuelas es que no son un ámbito para la alegría sino para el dolor. No son un lugar de creación sino de memorización. Borges decía que había estudiado toda la vida, menos los años que acudí a la escuela. Un alumno plasmaba así su decepción: «Ya observé que, de mis redacciones, las que menos comprendo son las que tienen más probabilidad de ser calificadas de excelentes». Otro, que habitualmente conseguía calificaciones negativas, obtuvo una excelente nota por un trabajo. El título era: «Por qué odio mi escuela».

Los alumnos pueden ayudar a que profesores sean cada vez mejores diciéndoles la verdad, enseñándoles lo que saben, preguntándoles, exigiéndoles, compartiendo con ellos la discusión, la búsqueda y las ilusiones. Cierta día, cuenta De Meelo, los discípulos quisieron saber cuál era la clase de persona más indicada para ser un excelente alumno. El maestro contestó: —Aquella persona que, poseyendo únicamente dos camisas, vende una y con el dinero que adquiere compra una flor.

Carl Rogers, a quien escuché que había dejado la enseñanza para trabajar en otros ámbitos porque veía en ellas escasas esperanzas de cambio, decía de forma inquietante: «Yo no creo que nadie haya enseñado nada a otra persona. Yo cuestiono la eficacia de la enseñanza. Lo único que sé es que si alguien quiere aprender, aprenderá. Quizá un maestro sólo sea una persona que facilita, que coloca las cosas delante de la gente y muestra cuán maravillosas son, invitando a probarlas». ¿Por qué, admirado Rogers, «quizás sólo sea...»? ¿Es poco acaso?

Julian Marías habla de «contagiar el pensamiento, pensarlos ante los estudiantes y con ellos». En efecto, el profesor es un facilitador, un mediador de la construcción del saber (que quiere decir conocer y también saborear) del provocador de la búsqueda, una cornarona del desseo y de la pasión de aprender. Porque el desseo de saber es consustancial al ser humano. Porque tenemos que descubrir, comprender y analizar cada día el mundo. Porque es necesario que surjan de las aulas generaciones de personas capaces de transformar y mejorar la vida en el planeta. Porque hay maestras y maestros decididos a trabajar juntos por conseguirlo, aún es posible la alegría. Para todos las maestras y los maestros ni admiración, mis felicitaciones y esta sencilla y vehementemente invitación a la alegría.

Miguel Angel Santos es catedrático de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Málaga

Héroes invisibles

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA

CATEDRÁTICO DE DIDÁCTICA Y ORGANIZACIÓN ESCOLAR DE LA UMA

Es una tarea paradójica educar para los valores y, al mismo tiempo, socializar en una cultura que los conculca. En la selección de personajes que hoy hacen algunos medios de comunicación no es fácil encontrar motivos para la esperanza

Se que la obsesiva, lógica y necesaria preocupación que muchos educadores tienen por trabajar la esfera de los valores (lo cual tiene muy poco que ver con las inaceptables clases de religión católica en un país aconfesional) se estrella contra una realidad que los ignora y los combate. Es una tarea paradójica educar para los valores y, al mismo tiempo, socializar en una cultura que los conculca. Le oí decir a Humberto Maturana: «Tenemos que enseñar porque aquello que enseñamos no lo estamos viviendo. Yo creo que ese es el verdadero problema con los valores».

Alejandro Spiegel ha escrito un hermoso libro titulado «Héroes invisibles». El subtítulo aclara sus pretensiones didácticas: «Historias de la vida cotidiana para educar en valores». Me ha gustado la idea de Spiegel. Se trata de una propuesta posible, optimista, clara, sencilla y eficaz.

En la selección de personajes que hoy hacen algunos medios de comunicación no es fácil encontrar motivos para la esperanza, la utopía y el aprendizaje de valores. El escaparate está lleno de personajes poco ejemplares. Muchos famosos no se caracterizan precisamente por sus gestos altruistas, por sus actitudes respetuosas y por su forma de pensar inteligente. Son personas zafias que se insultan, que mienten, que gritan, que van a lo suyo, que tratan de entriquerarse de forma fácil y rápida. Son «personas importantes» (qué horrible expresión la de VIP, que habla de personas verdaderamente importantes, como si otras lo fueran menos) por motivos poco edificantes, ciertamente. Existe un inquietante mecanismo de hipertrofia de la maldad y de la estupidez. Sobre los esperpénticos inquilinos de Hotel Gitan se han llenado miles de horas de televisión. Sobre los dos transhistigas de la Comunidad de Madrid se han llenado miles de páginas y se han suscitado infinitos comentarios en todos los medios y en todos los foros. Tenemos información más que abundante sobre terroristas, delincuentes, maltratadores, vagos, maleantes, ladrones, deportas, espabllados e imbeciles.

Los héroes que cautivan a los jóvenes son

han participado en acciones bélicas. Muchos de ellos pertenecen al pasado. Planta Spiegel una pedagogía de los héroes invisibles. De esas personas que hoy, en la vida cotidiana, nos encontramos por las calles, en las casas y en las instituciones. Propone la búsqueda, presentación y análisis de personajes de la vida cotidiana que han tenido el coraje de tomar una iniciativa cargada de generosidad y de valentía. No tienen un monumento, ni el nombre de una calle, ni aparecen titulados en los medios de comunicación. Pero están ahí. Tienen un gran potencial educativo. Forman parte del desafío, un tanto utópico, de construir una sociedad mejor:

Define el diccionario como héroe al «varón ilustre y famoso por sus hazañas o virtudes». Lo mismo se dice de la heroína. Spiegel define así el concepto de héroe invisible: «Aquella persona común que realiza actos no vinculados con sus tareas o costumbres cotidianas para beneficiar a una o más personas no vinculadas familiar o profesionalmente». Discutible, pero interesante. Estos héroes son visibles para algunos en determinadas circunstancias. Están vivos, en movimiento, hacen actos heroicos y muchos otros que no lo son. Ésas personas de la vida cotidiana que hacen un acto heroico, no buscan la fama, no quieren dinero, no persiguen recompensa alguna. Les mueve la generosidad. Los actos heroicos tienen sentido en sí mismos, sin que sea

necesario que alcancen el éxito que perseguían.

El libro de Spiegel reproduce algunas historias de héroes invisibles. La de un taxista que pierde un servicio extraordinario para atender a un accidentado. La de un joven que se lanza al agua para salvar a un niño que se ahoga. La de una señora mayor que abre la puerta para que hagan una llamada tres fugitivos. La de un chico pobre que pide un sandwich y lo comparte con dos amigos... Todos conocemos muchas otras. La junta directiva de una asociación de padres y madres que sufre persecución por defender los derechos de un alumno, un profesor que dedica muchas horas de su tiempo libre para hacer avanzar a un grupo de alumnos que van retrasados, un médico que dedica sus vacaciones a curar en un país subdesarrollado... Héroes de la vida cotidiana.

La reciente película «Historias minúsculas», de Carlos Sorín, nos cuenta tres relatos de pequeños héroes invisibles, anónimos. El anciano que busca a su perro desaparecido hace tres años; el enamorado que recorre kilómetros para hacer un regalo de cumpleaños, la mujer que cambia el premio obtenido para hacer un favor a quien lo desea más que ella... Pequeñas (grandes) acciones de la vida cotidiana.

Recuerdo una hermosa historia que oí hace muchos años. La historia de dos hermanos de raza gitana. Uno mayor que el

otro. Pedían comida por las casas. En una de ellas les regalaban un gran recipiente lleno de leche. El hermano mayor le entrega el cuenco al pequeño, que bebe con ansia. Éste devuelve el recipiente al hermano mayor. Es su turno. Acerca éste el cuenco a los labios, hace el simulacro de beber (incluido un comentario sobre lo rica que estaba la leche), se limpia los labios como si hubiera bebido y entrega al pequeño el recipiente. Bebe éste nuevamente a grandes tragos. Y le ofrece a su hermano el cuenco. La operación vuelve a repetirse hasta que el pequeño termina de beber la leche sin enterarse de que su hermano se ha privado de ella en su beneficio.

Los héroes invisibles se pueden convertir en un excelente recurso didáctico. Provoan admiración y son un excelente estímulos. El autor del libro sugiere que la metodología del trabajo con héroes invisibles recorra pasos diversos: la búsqueda de esos héroes (en la vida, en la prensa, en la televisión...), la escritura reflexiva sobre sus acciones, su introducción en el aula, el análisis dialogado sobre su contexto, sentimientos y finalidades...

Ya sé que no se puede olvidar el análisis estructural de lo que sucede en la sociedad, en la política, en la economía y en la cultura. Ya sé que es preciso tener una visión comprensiva y crítica de la realidad. Y que hay que comprometerse con la transformación y la mejora del sistema que genera muchas injusticias y hace brotar como hongos personajes vergonzantes. Pero creo que la reflexión sobre las acciones de estos héroes invisibles, anónimos y silenciosos, será un magnífico recurso para el aprendizaje por imitación.

Será también una ocasión excelente para contrarrestar esa influencia perniciosa de los ejemplos nocivos, tantas veces puestos en la vitrina de la actualidad. Cuentan que una esposa le pide al marido que de la vitelina a la portada del periódico porque va a llegar el niño. Contiene imágenes y titulares repugnantes. Lo que se nos ofrece cada día en el pedestal de los titulares son actos de terrorismo, violencia, mentira, robo y desvergüenza. Hay que buscar héroes invisibles que nos hablen (con sus hechos) de generosidad y valentía.

Tarea difícil, pero hermosa

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA

CATEDRÁTICO DE DIDÁCTICA Y ORGANIZACIÓN ESCOLAR DE LA UMA

Una tarea que realizan los educadores en tierra hoy una complejidad inusitada. En primer lugar, por las características de los 'materiales' con los que trabajan, a saber: concepciones, sentimientos, motivos, creencias, expectativas, relaciones, ideas, actitudes, emociones, conflictos, valores... Ninguno de ellos obedece a reglas o a leyes inexorables. Si un albanil coloca los ladrillos de una manera, se caen o no. Y, al día siguiente, sucede lo mismo. En el caso de los educadores, no. ¿Quién es capaz de manejar con arte y perfección estos 'materiales' que responden a los estímulos de manera imprevisible?

En segundo lugar, es una tarea difícil por su propia naturaleza. En otras actividades el profesional más excelente es el que mejor manipula los materiales. En ésta, es el que más y mejor los libera. El educador no tiene que pensar por sus alumnos, sino ayudarles a pensar por sí mismos. No tiene que decidir por ellos, sino hacer que consigan autonomía. No ha de meter en su cabeza conocimientos, sino ayudarles a buscarlos, a saborearlos y a interesarse por ellos. En definitiva, el educador maneja tecnología problemática. Los alumnos dicen a los profesores: «Ayúdame a hacerlo solo».

En tercer lugar, la tarea es compleja porque cada alumno es un mundo diferente a cualquier otro. No hay dos educandos iguales. He dicho en alguna ocasión que hay dos tipos de alumnos: los inclasificables y los de difícil clasificación. Lo que a uno le estimula, a otro le humde; lo que a uno le motiva, a otro le desalienta.

A estas dificultades que podríamos considerar intrínsecas a la propia tarea de la educación se añaden otras de carácter coyuntural. Por ejemplo, la contraposición de los modelos que ofrece el educador (argumentando) frente a los que proponen los medios de comunicación (seduciendo). El modelo de los medios para chicos es Bisbal y para chicas, Chenoa. Mientras tanto, el profesor insiste en que los alumnos deben estudiar cada día, respetar a los demás, ser responsables, ayudar a quienes saben menos, comportarse honestamente...

¿Qué decir de los ejes de la filosofía neoliberal, claramente enfrentados a los principios de educación democrática? Mien-

La educación es compleja porque cada alumno es un mundo diferente a cualquier otro. No hay dos educandos iguales. He dicho en alguna ocasión que hay dos tipos de alumnos: los inclasificables y los de difícil clasificación

tras la cultura dice «individualismo», el educador propone «solidaridad». Mientras la filosofía imperante exige competitividad, el educador plantea ayuda. Mientras los políticos declaran la guerra, los educadores hablan de paz...

Es preciso tener en cuenta que todo lo que anteriormente he dicho es necesario plantearlo en un grupo o en un centro escolar, no en una intervención individual como la que realiza el médico o el psicoanalista. Muchos padres y madres entienden la dificultad que tienen los profesores al constatar lo que sucede con su único hijo. Y se preguntan, en buena lógica: ¿qué me sucederá con treinta? Añadiré que, hoy día, algunos escolares a quienes se les ha aumentado el tiempo de enseñanza obligatoria (¿trabajos forzados?) acuden a la institución escolar con ánimo de hacer inviable la actividad de compañeros y profesores. Además, la institución en la que trabajan los profesionales de la educación adolece de rigidez, homogeneización y jerarquización casi consustanciales. Más si se tiene en cuenta que una ley recientemente impuesta eleva a categoría de criterios de calidad lo que no son más que intereses descartados o principios discriminatorios.

No es fácil, pues. Por eso hay que ayudar desde la sociedad, desde la política, desde las familias, a que estos profesio-

nales puedan ejercer su profesión con autenticidad, competencia y éxito. El escritor gallego Manuel Rivas ha escrito un texto titulado «Amor y odio en las aulas», a la vez cetero y hermoso, del que extraigo los siguientes pensamientos:

«Mucha gente todavía considera que los maestros de hoy viven como marqueses y que se quejan de vicio, quizá por la idea de que trabajar para el Estado es una especie de bicocha perfecta. Pero si a mí me dan a escoger entre una expedición Al filo de lo imposible y un jardín de infancia, lo tengo claro. Me voy al Everest por el lado más duro. Ser enseñante no solamente requiere una cualificación académica. Un buen profesor o maestro tiene que tener el carisma del presidente del Gobierno, lo que ciertamente está a su alcance; la autoridad de un consejero, lo que ya resulta más difícil, y las habilidades combinadas de un psicólogo, un payaso, un disc jockey, un pinche de cocina, un puericultor, un maestro budista y un comandante de la Kfor. Conozco a una profesora de Ciencias Naturales que sólo desarmó a sus alumnos cuando demostró unos inusuales conocimientos futbolísticos, lo que le permitió abordar con entusiasmo la evolución de las especies.

¿Cómo no rendir homenaje, como no profesar admiración, como no prestar ayuda a estos profesionales esforzados? En

una sociedad que ha descubierto que el conocimiento es una fuente de poder y de riqueza, estos profesionales, por oficio, no se dedican a buscarlo, almacenarlo y utilizarlo en su beneficio, sino que viven para compartirlo, para ayudar a que otros lo descubran y lo disfruten.

Esta es una tarea tan difícil como hermosa. Por eso hay que vivirla con pasión y con entusiasmo. A pesar de las dificultades que hoy la convierten en una actividad particularmente problemática. Arrastrada es insufrible. Vivirla con ilusión es apasionante. Ha llegado a mis manos un precioso texto del escritor brasileño Frei Betto en el que agradece al fallecido Paulo Freire la tarea de formación que realizó con Lula, actual presidente de la República. Dice, entre otras cosas:

«Fueron sus ideas, profesor, las que permitieron a Lula, el metalúrgico, llegar al gobierno. Eso no había sucedido antes en la historia de Brasil y, quizás, en el mundo, excepto por la vía revolucionaria. Hablo de la elección a presidente de la República de un hombre que venía de la miseria, que enfrentó, como líder sindical, una dictadura militar y fundó un partido de izquierda en una nación donde la política pública siempre fue negocio privado de la élite».

Dice muchas cosas importantes el autor del texto. Una de ellas alude al compromiso ético de la educación: «Pero su pedagogía, profesor, permitió que los pobres se volvieran sujetos políticos. Hasta entonces, el proletariado de los pobres tendía a corporativismo o no pasaba de revueltas desprovistas de un proyecto político inclusivo. De ese modo, ellos sólo apreciaban como figuras de retórica en el vocabulario de la izquierda... Por ese nuevo Brasil, muchas gracias profesor Paulo Freire». Pienso que las semillas de la educación tienen cosechas seguras. No se sabe cuándo se producirán. No se sabe dónde. Muchas veces no se sabe cómo. Los interesados tienen que ser conscientes de ello. Todos hemos de agradecer a esos sembradores admirables (no a todos claro, porque algunos se empeñan en aplastar cualquier semilla que crece en la mente y en el corazón de sus alumnos) el esfuerzo, la paciencia, el entusiasmo con que van depositando semillas de esperanza en los surcos de la tierra.

HE visto hace poco una excelente y sobrecogedora película mal titulada en castellano «Generación robada». El título original inglés es muy significativo: «Rabbit-proof fence», que podría traducirse por «Valla a prueba de conejos». El lector comprenderá enseñada por que. Es la primera película de Phillip Noyce en Australia después de su vasta carrera en Hollywood. Nos cuenta en ella el drama racista de Molly Craig, una niña negra aborígen de 14 años, secuestrada, casi cazada por los blancos, y recluida con su hermana y su prima en una institución (¿educativa?) para que aprenda las costumbres de la raza blanca, genética y culturalmente superior. Gobernantes, religiosos, militares y gente blanca en general construyen la patraña de la superioridad. Las niñas huyen de la institución y recorren casi 2.400 kilómetros en busca de su familia, siguiendo una cerca de alambre a prueba de conejos. La metáfora es sumamente clarificadora: los aborígenes constituyen un peligro del que hay que protegerse, como sucede con los conejos, oportunamente separados por la cerca. La película, basada en el libro de Doris Pilkington, relata una historia verídica entre las muchas que eran habituales en ese lugar, en esa época. Desde el asentamiento europeo en Australia hasta 1971 eran prácticas habituales de domesticación y opresión cultural. Las imágenes resultan estremecedoras. Cuesta creer lo que en ella se nos cuenta. Cuesta más pensar que esos patrones de pensamiento y de actuación siguen estando presentes en nuestra sociedad y sobre todo, en nuestras mentes. Un poco más camuflados, quizás. Un poco más siblínos.

¿Todavía se piensa que hay razas superiores, que hay grupos de naturaleza inferior, que hay personas de diferente categoría. Con frecuencia inquietante vemos hechos de una cruel contundencia: palizas a inmigrantes, insultos racistas, actitudes xenóforas, discriminación vergonzosa por la etnia, identificación de la inmigración con la delincuencia...

Leonardo Boif escribió en 1998 un librito titulado «El águila y la gallina». Cuenta en él una historia narrada por un político y a la vez fino educador llamado James Aggrey, natural de Ghana, pequeño país del África occidental, situado entre Costa de Marfil y Togo. Los colonizadores, para ocultar la violencia de su conquista, afirmaban que los habitantes de la Costa de Oro y de toda África eran seres inferiores, incultos y bárbaros. Por eso precisamente debían ser coloniza-

LA TRIBUNA MALAGUENA

El águila y la gallina

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA
CATEDRÁTICO DE DIDÁCTICA Y ORGANIZACIÓN ESCOLAR DE LA UMA

Todavía se piensa que hay razas superiores, que hay grupos de naturaleza inferior, que hay personas de diferente categoría. Con frecuencia vemos palizas a inmigrantes, insultos racistas, actitudes xenóforas...

dos. Los ingleses reproducían estas afirmaciones en los libros, en las escuelas, en las iglesias y en los actos oficiales. La insistencia era tanta, que muchos colonizados acabaron incorporando a sus esquemas mentales los postulados de los opresores. Creían que no valían nada, que eran inferiores, que su lengua era ruda; sus tradiciones, ridículas; sus divinidades, falsas. Y su historia, intrascendente. Por el hecho de no ser como los ingleses eran discriminados, tratados de forma desigual e injusta. La diferencia de raza, cultura y religión no era vista como una riqueza, sino como una oportunidad de opresión y de discriminación. Un proceso semejante se produjo en el siglo XVI con los indígenas de América y con los colonizados de Asia. Y se da hoy día con los países que no han sido incluidos en el sistema mundial de la globalización. Lo mismo sucede con los inmigrantes, con los pobres, con los desfavorecidos de hoy.

La liberación es la acción que pretende conquistar la dignidad cautiva o robada. Paulo Freire planteó su vida y su obra en aras de la pedagogía de la liberación. En eso, fundamentalmente, consiste la educación. En un proceso que nos hace pasar de una mentalidad ingenua a una mentalidad crítica. De una actitud sumisa a una postura autónoma, responsable y libre.

A mediados de 1925, Aggrey había participado en una reunión de líderes en la que se discutían las vías de la liberación del dominio colonial inglés. Algunos líderes venían

claban a la liberación y se apuntaban a la causa inglesa. Aggrey pidió la palabra para contar esta hermosa historia.

«Era una vez un campesino que fue a la floresta vecina a coger un pájaro para mantenerlo encerrado en su casa. Consiguó una cria de águila. La puso en el gallinero con las gallinas. Comía maíz y ración propia para las gallinas. Después de cinco años, ese hombre recibió en su casa la visita de un naturalista. En cuanto paseaban por el jardín, dijo el naturalista:

—Ese pájaro de ahí no es una gallina. Es un águila.

—Cierto—dijo el campesino—. Es un águila, pero yo la crié como gallina. Ya no es un águila. Se transformó en gallina como las otras, a pesar de las alas de casi tres metros de extensión.

—No—insistió el naturalista—. Es y será un águila, pues tiene corazón de águila. Este corazón la hará volar a las alturas.

—No, no—insistió el campesino—. Se convirtió en gallina y jamás volará como águila.

Entonces decidieron hacer una prueba. El naturalista tomó el águila, la levantó muy alto y desafiándola dijo:

—Ya que eres de hecho águila, ya que perteneces al cielo y no a la tierra, entonces, extiende tus alas y vuela.

El águila se posó sobre el brazo extendido del naturalista. Miraba distraídamente alrededor. Vio a las gallinas abajo, revolviendo los granos. Y saltó junto a ellas.

El campesino comentó:

—Ya te dije, se convirtió en simple gallina. —No—insistió el naturalista—. Es un águila. Y un águila será siempre un águila. Vamos a probar nuevamente mañana.

Al día siguiente, el naturalista subió con el águila al techo de la casa. Le susurró:

—Águila, puesto que eres águila, abre tus alas y vuela.

Pero cuando el águila vio allí abajo a las gallinas, revolviendo el suelo, saltó y se fue junto a ellas.

El campesino sonrió y volvió a la carga: —Yo ya se lo había dicho. Se convirtió en gallina.

—No—respondió firmemente el naturalista—. Es un águila, poseerá siempre corazón de águila. Vamos a intentarlo todavía una última vez. Mañana la hará volar.

Al día siguiente, el naturalista y el campesino se levantaron muy temprano. Cogieron al águila, la llevaron fuera de la ciudad, lejos de las casas, de los hombres, en lo alto de la montaña.

El naturalista levantó al águila en alto y la ordenó:

—Águila, ya que eres un águila, ya que perteneces al cielo y no a la tierra, abre tus alas y vuela.

El águila miró alrededor. Temblaba como si experimentase una nueva vida. Pero no emprendió el vuelo. Entonces el naturalista le aseguró firmemente, muy en la dirección del sol, para que sus ojos pudieran llenarse de la claridad solar y de la inmensidad del horizonte. En ese momento, ella abrió sus potentes alas, graznó con el pico de las águilas, y se lanzó, soberana, sobre sí misma. Y comenzó a volar a volar hacia lo alto, a volar cada vez más alto, más y más, hasta confundirse con el azul del firmamento...».

Aggrey sacó las conclusiones pertinentes. Algunos las entendieron. Otros las criticaron. Y cada uno puede aplicar la historia a los pueblos, a los grupos y a cada persona en situaciones de opresión. Hay quien pretende echar granos al suelo para que la gente coma, para que mire hacia abajo, para que ni se le ocurra la idea de volar. Estas personas nada esperan de las otras, como el campesino, salvo que sigan mirando al suelo. Es una tragedia esa actitud opresora, desesperanzada, fatalista. Es mayor tragedia la de quienes acaban creyéndose el discurso de los dominadores. Porque no hay mayor opresión que aquella en la que el oprimido mete en su cabeza las ideas del opresor. Molly Craig rechazó la patraña de sus opresores y por eso era un águila, pudo volar en libertad.

OTRO curso. Otra vez la magia mezclada con la angustia. ¿Qué sucederá este año? Nuevas caras, nuevas miradas, nuevas emociones. Parece lo mismo, pero es absolutamente nuevo. Espectacular.

Otra vez a la escuela, alumnos y maestros, a estreñar experiencia, a revivir ilusiones. Dice Steiner que la relación maestro alumno es «una alegoría del amor desinteresado». Otra vez a la escuela. ¿A sentimos cada uno como somos o a encajarnos en un engranaje de rutinas despersonalizadoras? ¿A obedecer de forma tediada lo que prescribe; en palabras de Helmut Becker, la 'escuela administrada' o a recrear el conocimiento y la convivencia? ¿A ser cada uno más él mismo o a meternos en un molde único?

Cierta vez, los animales del bosque decidieron hacer algo para afrontar los problemas del mundo nuevo y organizaron una escuela. Adaptaron un currículo de actividades consistente en correr, trepar, nadar y volar y, para que fuera más fácil enseñarlo, todos los animales se inscribieron en todas las asignaturas.

El pato era estudiante sobresaliente en la asignatura natación. De hecho, superior a su maestro. Obtuvo un suficiente en vuelo, pero en carrera resultó deficiente. Como era de aprendizaje lento en carrera tuvo que quedarse en la escuela después de hora y abandonar la natación para practicar la carrera. Estas ejercitaciones continuaron hasta que sus pies membranosos se desgastaron, y entonces pasó a ser un alumno apenas aceptable en natación. Pero la mediana se aceptaba en la escuela, de manera que a nadie le preocupó lo sucedido salvo, como es natural, al pato.

La liebre comenzó el curso como el alumno más distinguido en carrera pero sufrió un colapso nervioso por exceso de trabajo en natación. La ardilla era sobresaliente en trepa, hasta que manifestó un síndrome de frustración en la clase de vuelo, donde su maestro le hacía comenzar desde el suelo, en vez de hacerlo desde la cima del árbol. Por fulti-

El pato en la escuela

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA

mo enfermó de calambres por exceso de esfuerzo, y entonces, la calificaron con 6 en trepa y con 4 en carrera.

El águila era un alumno problema y recibió malas notas en conducta. En el curso de trepa superaba a todos los demás en el ejercicio de subir hasta la copa del árbol, pero se obstinaba en hacerlo a su manera.

Al terminar el año, un águila anormal, que podía nadar de forma sobresaliente y también correr y trepar y volar un poco, obtuvo el promedio superior y la medalla al mejor alumno...

Esta fábula nos ayuda a reflexionar sobre la diversidad de alumnos y de alumnas en una escuela que tiene en la homogeneización su camino y su meta. El 'niño tipo' es el varón, de raza blanca, que habla el lenguaje hegemónico, que es católico, payo, sano, vidente... En una palabra, normal. A él va dirigido el discurso y él es propuesto como modelo para todos (y, curiosamente, para todos).

Se ha vivido la diferencia como una lacra, no como un valor. Se ha buscado la homogeneidad como una meta y, al mismo tiempo, como un camino. Los mismos contenidos para todos, las mismas explicaciones para todos, las mismas evaluaciones para todos, las mismas normas para todos.

Curiosamente, se buscaba en la justicia el fundamento de esa uniformidad. Sin caer en la cuenta de que no hay mayor injusticia que exigir lo mismo a quienes son tan diferentes. No es justo exigir que recorran el mismo trayecto, en tiempos exactos, un cojo y una persona en perfecto uso de las dos pier-

nas. La injusticia es todavía mayor cuando las diferencias están cultivadas, buscadas e impuestas. Volviendo al ejemplo de la carrera: ¿sería razonable exigir un recorrido igual a quien puede avanzar sin obstáculos que a aquel a quien se ha atado al pie una enorme bola de hierro? La bola de hierro de ser mujer, de ser pobre, de ser gitano, de ser inmigrante...

La diferencia es consustancial al ser humano. Somos únicos, irrepetibles, en constante evolución. Nos diferencian las actitudes, las capacidades, las emociones, las cultura, la religión, la raza, el sexo (y el género) el dinero...

No todas las diferencias son del mismo tipo y no con todas ellas hay que proceder de la misma forma.

Ante algunas diferencias hay que poner en marcha actuaciones de redistribución. Si hay pobres y ricos, lo que se debería buscar es distribuir los bienes de manera que las diferencias desaparezcan. Hay diferencias que exigen otra actuación política y educativa. Si uno es homosexual y otro heterosexual, la actuación pertinente no es igualarlos sino respetarlos. Si uno es católico, otro normón y otro agnóstico, lo que hay que hacer no es valorar cada opción, respetar a cada persona. Esas actuaciones son de reconocimiento. En algunas ocasiones hay que combinar las políticas de redistribución con las de reconocimiento.

Como los otros, que no hablaban como los otros... Los otros eran los normales, el prototipo. De esta forma la 'etiqueta' pesaba sobre ellos como una losa. Menos expectativas, menos estímulos, menos éxitos, menos felicitaciones, menos... ¡Qué error! ¡Qué horror!

La diferencia es una fortuna que a todos nos enriquece. Todos podemos alcanzar el máximo desarrollo dentro de las posibilidades de cada uno. Por eso resulta imprescindible cambiar de concepción, romper la tendencia uniformadora. Resulta necesario conocer al otro, aceptar al otro, amar al otro como es, no como nos gustaría que fuese.

La escuela de las diferencias nos humaniza, nos hace mejores. La escuela de las diferencias hace posible que todos podamos sentirnos bien en ella, que todos podamos aprender. Por contra, la escuela homogeneizadora acrecienta y multiplica las víctimas.

El pato se amarga en la escuela. Se desnaturaliza. Acaba nadando peor. Se compara con los que trepan y vuelan y se siente desgraciado. Incluso aprende a ridiculizar a quienes nadan peor que él.

¿Es posible conseguir una escuela donde todos los niños y niñas aprendan, se respeten, se quieran? ¿Es posible hacer de la escuela un trasunto de lo que debería ser una sociedad para todos en la que la tolerancia, la solidaridad y el respeto fuesen las leyes de la convivencia? A eso vamos. En eso estamos.

Desde aquí hago votos por el nuevo curso con las palabras de Miguel Hernández: «Móvennos a brindar por todo lo que se pierde y se encuentra: la libertad, las cadenas, la alegría y ese cariño que nos arrastra a través de toda la tierra». Feliz, feliz, curso a todos los maestros, a todos los alumnos.

Miguel Ángel Santos es catedrático del Departamento de Didáctica y Organización Escolar de la Universidad de Málaga

● Él es propuesto como modelo (y, curiosamente, para todos)

ESTE proverbio africano expresa una idea sabia y profunda. La tarea de la educación no es de la exclusiva incumbencia de la familia y de la escuela.

Otros muchos agentes participan en esa labor tan decisiva para los individuos y para la sociedad. Los niños y las niñas crecen en el seno de una sociedad. Es en ella donde aprenden los valores. ¿De qué sirve que la escuela insista en la importancia de los valores si luego ven a cada instante que están negados en las prácticas cotidianas? ¿Qué hacen el padre y la madre procurando que su hijo respete a todas las personas si puede observar cada día que quienes faltan al respeto adquieren prestigio y posición? ¿Qué hacen la familia y la escuela proponiendo unos modelos de ciudadanía y ciudadana si luego los medios de comunicación le dicen al niño que el modelo es el futbolista multimillonario y a la niña el modelo de línea grácil que se luce en la pasarela?

La educación no es un asunto que está solamente en las manos de los profesionales de la educación. Toda la sociedad ha de cooperar en esa causa. Los Ayuntamientos haciendo una ciudad educadora, los organismos de salud realizando tareas de formación y de prevención, las ONG atendiendo educativamente el ocio, las empresas facilitando el trabajo a los jóvenes, las fuerzas de seguridad sirviendo a la convivencia ciudadana... O estamos todos en esa causa o condenamos a la esterilidad la tarea educativa de la escuela. Todo educa o deseduca en la sociedad. Por eso es necesario el esfuerzo de todos, la cooperación de todos, la generosidad de todos. Personas, instituciones, medios de comunicación y organismos de cualquier tipo han de contribuir a esta tarea. Si los profesionales de la enseñanza pretenden educar para el ocio y los capos de la droga no tienen reparo en destruir la vida de los jóvenes, es difícil conseguir el éxito. Si las familias insisten en la necesidad de ser honrados y los niños ven cada día comportamientos corruptos de los políticos que nos gobiernan, estaremos abocados al fracaso.

Un pueblo entero para educar a un niño

MIGUEL ÁNGEL SANTOS GUERRA

Le he oído decir a Humberto Maturana, a propósito de la llamada educación en valores: «Yo creo que cuando uno tiene que enseñar algo es porque ese algo no surge solo en la vida.... Tenemos que enseñar porque aquello que enseñamos no lo estamos viviendo. Yo creo que ese es el verdadero problema con los valores». La educación exige la incorporación crítica de las personas a una determinada cultura. No todo es aceptable en ella y que el ciudadano educado sabe distinguir lo bueno de lo malo. Además, se compromete en la erradicación de la injusticia, de la discriminación y de la opresión. Y él mismo encarna los valores en la propia vida.

Me impresionó la lectura de una Carta al Director aparecida en el periódico El País en la que un alumno se quejaba de esta peligrosa dicotomía: educación en valores dentro de la escuela y negación de los mismos en estos años desde que dejamos la escuela? Nos hemos convertido en jóvenes trabajadores de una generación ideal que nunca existirá y humillados por la sociedad real. Enseñados en valores constitucionales y defraudados por demócratas que desprecian con demagogia y palabras sus gestos de desprecio a la democracia. Nos han hecho sentir vergüenza de aquello en lo que tenemos fe. No mostramos agradecimiento a quien nos da sino desprecio por su debilidad. Sólo

nos queda el resentimiento hacia el futuro y la compasión por lo que pudimos haber sido y no nos dejaron. Querido maestro si no hubiera sido tan utópico quizá nos habría ahorrado muchas frustraciones, pero todos le recordamos sin embargo con cariño por lo que transformó sus sueños de inadaptado en nuestros ideales». Afortunadamente este alumno reaccionó así. Otros se dejarán arrastrar por la corriente y considerarán un ridículo inadaptado a quien les dice otra cosa.

Hace unos meses, una maestra de Ceuta me decía entre asombrada e indignada que tenía un alumno que insistentemente le decía: «Maestra, qué porquería de coche tienes. El día que yo quiera traiga a la escuela un coche mejor. Así había sucedido. Un pequeño golpe en el mundo de la droga había sido suficiente. Los largos años de esfuerzo, trabajo y dedicación a la enseñanza no habían conseguido tanto. Por eso, añadía la profesora, le había resultado tan desolador escuchar a un niño contestar a la pregunta sobre lo que deseaba ser de mayor.

«Yo, maifa. Es el mundo de los adultos el que empuja a los niños y a los jóvenes al consumo más acrítico, a la erotización incontrolada, al individualismo exacerbado, al pragmatismo más grosero. Y esto, ¿para qué te sirve?, es la pregunta clave. Lo que prima en la sociedad es salir a flote por encima de todo, tener

mucho, disfrutar mucho, ser el primero y conseguirlo todo ahora mismo con el menor esfuerzo.

Nos lo recordaba hace días José Antonio Marina en un excelente artículo dedicado a la adolescencia: «Es la presión de los adultos, entre otras cosas por razones comerciales, la que está reduciendo el período infantil y lanzando, sobre todo a las chicas, a un mundo obsesivamente sexualizado».

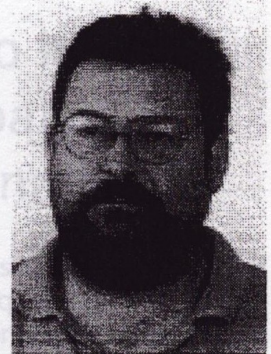
Los educadores y educadoras se quedan solos en un empeño tan difícil como ingrato. A eso se le llama predicar en el desierto. Lo que vengo a decir en estas líneas es que ese desierto debe transformarse en un oasis. No sería tan difícil así convencer a los jóvenes de que hay árboles, de que éstos son hermosos, de que debemos conservarlos para bien de todos. Y de que hay agua abundante que podemos compartir para no morir de sed. Qué distinto es hablar en el desierto de leganos e hipotéticos oasis. Construir ese oasis es una deber y una exigencia para todos los que formamos una sociedad y la queremos hacer mejor a través del método más eficaz, más seguro y más duradero: la educación de los ciudadanos. Educación que está en las manos de todos, como decía, y también de cada uno. Si, de cada uno de nosotros. A veces, los profesores exigimos más coherencia a las familias, éstas se quejan del profesor, los políticos demandan más profesionalidad a los docentes, todos se la exigen a los que gobiernan... Pero, ¿qué hace cada uno? Lo dice de manera hermosa Philippe Meirieu en su libro 'La opción de educar. Ética y pedagogía': «El principio de educabilidad se desmorona completamente si cada educador no está convencido, no sólo de que el sujeto puede conseguir lo que se le propone, sino de que él es capaz de contribuir a que lo consiga».

Miguel Ángel Santos es catedrático de Didáctica y Organización Escolar de la UMA

Elenita, mi hijo y la Escuela Pública

J. Félix Angulo Rasco

**Catedrático de Didáctica y Organización Escolar
Universidad de Cádiz**



Hace algunos días mis alumnas universitarias me pidieron que explicara brevemente cómo diferenciar un centro público de otro privado. Mi primer impulso fue, desde luego recurrir a la teoría política, porque, pensaba, algo esencial que deberían tener en cuenta era que en última instancia, lo público o lo privado no depende de la pertenencia del centro, sino de los valores sociales y políticos con los que el centro estuviera comprometido.

No obstante creí que sería más oportuno utilizar un esquema simple e iluminador; de tal manera que utilizándolo como punto de partida pudiéramos añadir las complejidades que creyéramos oportunas durante su discusión. Para elaborar dicho

esquema sólo tuve que pensar en el cole de mi hijo. Mi hijo asiste a una escuela pública de primaria, situada en un barrio de San Fernando -Cádiz- que abarca desde familias muy humildes a familias de clase media y clase media alta, como es mi caso. Pues bien, pensando en el cole de mi hijo, les dije que, a mi modo de ver, había tres criterios básicos por los que detectar, tal como están los tiempos, si un centro era público o no. Estos criterios transformados en preguntas son los siguientes: ¿existe alumnado repitiendo curso (especialmente en 6º de primaria)?; ¿existe alumnado de integración? y ¿está escolarizada Elenita en el centro?

Con respecto al primer criterio alguien puede alegar que

“Lo público o lo privado no depende de la pertenencia del centro, sino de los valores sociales y políticos con los que el centro estuviera comprometido”

«Podemos con el público-...»

«Como ciudadano y como "usuario" de la escuela pública me entristece, sin embargo, que algunos supuestos centros públicos actúen con respecto a estas cuestiones como si fueran privados»

alumnado repetidor lo hay en todos los centros inclusive en las escuelas de titularidad privada; sin embargo se olvidan dos cosas: primero, que existe selección encubierta en dichos centros, desde infantil, tanto de padres como de alumnado, y que, segundo, en caso de que existan, al alumnado repetidor se le invita amablemente a abandonar la escuela antes incluso de llegar a la secundaria. Ya sé que existen, o pueden existir excepciones, pero, créanme si les digo que en los centros privados que conozco no hay un grupo tan numero-

«La escuela pública, como hace el *cole* de mi hijo, no trabaja con las élites sociales seleccionadas»

so de repetidores de sexto como en el *cole* de mi hijo que es público; es más, en su *cole*, algunos de los repetidores provienen de otros centros. El problema aquí es que la escuela pública, como hace el *cole* de mi hijo, no trabaja con las élites sociales (padres/madres y alumnado) seleccionadas; un centro público no elige a su gente. Por ello, cuando se encuentra con un grupo de alumnos y alumnas que tienen que repetir, acepta el reto e intenta ayudarles: distribuyendo al alumnado en diversos grupos (para evitar el grupo de los 'torpes'), 'incrementando' el trabajo y la dedicación de los maestros y maestras a dicho alumnado, sin que disminuya la atención al resto e implicando, siempre que sea posible, a los padres/madres y a los servicios municipales (por ejemplo, a través de clases de recuperación por la tarde). Una escuela pública no elude este problema, ni lo deriva (¿a quién podría derivarlo?), sino que lo afronta siendo ese su gran valor.

Lo segundo es si cabe más doloroso. Salvo centros privados dedicados en exclusiva a dicha población, los centros públicos son prácticamente los únicos que todavía tienen alumnado de integración (desde autistas a síndrome down). Yo sé, conozco desgraciadamente muchos casos, que escuelas y docentes 'públicos' han puesto multitud de obstáculos y dificultades a la integración. Pero también conozco innumerables centros públicos en los que la integración es un hecho. Mi hijo lleva conviviendo con una adorable niña de sín-

drome down desde hace 3 años; la niña, que requiere una atención especial por parte del maestro de apoyo, vive integrada y feliz con todas las otras niñas y niños del aula. Claro que hay problemas, claro que las dificultades son muchas, pero jamás desde que conozco al maestro se ha quejado de la presencia de dicha niña... en el aula y en el centro es una más. Y esto es otro valor añadido.

Pero claro, las cosas no vienen solas. Muchos centros públicos suelen tener repetidores y alumnado de integración. El maestro de mi hijo es uno de estos casos: en su aula junto a Mariluz (la niña de integración) cuenta con un grupo de 5 alumnos repetidores y, desde luego, alumnado del año pasado de nivel diverso.

El tercer criterio, la presencia de Elenita, es quizás el que más me afecta humanamente. Elenita es una niña de 11 años, compañera de mi hijo. Su familia es muy

«Podemos concluir que se trata de un sistema -el público- con un alto éxito y calidad»

humilde, su padre está más tiempo en el paro que trabajando. Elenita vive en lo que llamo las fabelas de San Fernando, que son unas construcciones cercanas a la marisma, algunas muy precarias, y con un sistema de desagüe de residuos a través de una acequia al aire libre, absolutamente vergonzoso. Hace algunos años las lluvias intensas derribaron la casa de Elenita, pero pudieron reconstruirla. Elenita, sabe leer y lee, le ha dicho a mi hijo, pero no acaba de entender lo leído. Ella se esfuerza pero no siempre consigue comprender los cuentos que le pasa el maestro. Le cuesta también las matemáticas y el conocimiento del medio y no suele llevar la tarea hecha. Sus padres están preocupados por su educación aunque son orgullosos —el orgullo del pobre— y no siempre aceptan la ayuda ajena, ni siquiera del ayuntamiento. Elenita es la primera de su generación en estar tanto tiempo en la escuela (ya lleva 7 años), sus padres no tuvieron esa oportunidad, y puede que con suerte y si la escuela pública no desaparece, sus nietas puedan cursar estudios universitarios. Esta es la cuestión: la escuela pública es el único espacio para Elenita y la única alternativa para una gran parte de las generaciones futuras provenientes de las clases más humildes; y aquí no nos podemos llevar a engaño.

A mí no me importa que los centros públicos no sean centros de élite o de excelencia, a mi hijo

y a Elenita tampoco. La escuela pública, entre otras cosas, está para eso; para hacer frente y solucionar estas dificultades. Por ello, como ciudadano y como 'usuario' de la escuela pública me entristece, sin embargo, que algunos supuestos centros públicos actúen con respecto a estas cuestiones como si fueran privados (esquivando y eludiendo al alumnado con dificultades) y me entristece también que una parte no menor del profesorado de la escuela pública lleve a sus hijos a escuelas privadas por razones poco justificables o porque, se dice, las escuelas privadas son mejores por naturaleza, que las públicas. Puede que los centros privados saquen mejores resultados, pero eso es lo esperable en relación a la población que tienen; lo preocupante, para ellos, sería lo contrario. Y que yo recuerde, la ubicación urbana de los centros privados no ha cambiado, por eso no se encuentra ni en las barriadas y ni en los extrarradios. Dadas, pues, las circunstancias de muchas escuelas públicas, y reconociendo que algunas —lamentablemente— no son buenas escuelas, podemos concluir que se trata de un sistema —el público— con un alto éxito y calidad (ahora que está de moda este concepto). La supuesta bondad de la privada sobre la pública, no es más que un mito que se basa en una comparación, cuando menos, injusta. Yo no estoy de acuerdo con esta idea; Elenita y mi hijo tampoco.

El caso de Elenita me evoca

muchos casos, me hace recordar del analfabetismo que ha padecido este país, de la dificultad de nuestros propios padres y madres por entender ciertos textos, de los que se dedicaban a cumplimentar los impresos oficiales en las sedes centrales de correos (mi madre siempre los utilizaba), de las clases que teníamos que dar durante el servicio militar y de tantas cosas que hemos olvidado rápidamente.

“A mí no me importa que los centros públicos no sean centros de élite o de excelencia, a mi hijo y a Elenita tampoco”